

V

A los Estados monárquicos que tuvo América en el siglo pasado, siete en total, se les dedica espacio importante, pero más importante aún es la explicación que se da de su existencia: la mayoría fueron copias de las europeas, y en el caso de Maximiliano de Habsburgo, en México, fue el fruto de la imposición de dos imperios, el francés y el austríaco, y del reino de Hungría. Y como no tenían sus bases en la tradición histórica y cultural americana no pudieron echar raíces, como no ha podido echarla tampoco la democracia representativa, porque ha sido instaurada siguiendo modelos foráneos, especialmente el presidencialismo de Estados Unidos. Recuérdese que Maximiliano fue instalado en 1864 en México como consecuencia de la impagable deuda externa que el país llegó a tener en 1861, unos ochenta millones de dólares.

Y hablando de deuda externa y crisis económica, viene a colación la Primera Guerra Mundial. «El alto costo de esa guerra en vidas y bienes, sobre todo los de consumo, se hizo sentir en los países que la llevaban a cabo, pero la primera manifestación política de la crisis se dio en Rusia en el mes de enero de 1917 con la sublevación de soldados del 223 regimiento de infantería de Odoév que servía en el Frente Sudoccidental». (Pág. 250). En plena guerra mundial terminaban en Rusia ocho siglos de zarismo. Se explica en detalle el proceso seguido en la toma del poder de Lenin y su práctica de estadista, así como la manera en que se organizó el Estado soviético, el primero de la historia según las ideas de Marx y Engels, «llevadas a la práctica por un partido político organizado con ese fin». (Pág. 253).

Bosch refuta el calificativo de Estado feudal que a la Rusia zarista de 1917 da Anderson, al sostener que «para esos tiempos Rusia era un país capitalista que podía ser, y sin duda lo era, atrasado en varios aspectos... pero el atraso en el desarrollo capitalista no puede ni debe confundirse con el feudalismo». (Pág. 164).

VI

Los llamados Estados Pontificios, el Estado Vaticano, el fascismo, el nazismo y la Segunda Guerra Mundial son algunos de los temas abordados en los últimos capítulos de *El Estado: sus orígenes y desarrollo*, pero llamamos la atención hacia el influjo del fascismo en la última conflagración mundial y en las capas sociales que integraron tanto el fascismo como el nazismo. «Desde el punto de vista ideológico puede decirse que la Segunda Guerra Mundial tuvo su origen, además de las causas económicas, en la creación del fascismo». (Pág. 283).

«La crisis de 1923 —explica Bosch— iba a repetirse seis años más tarde, pero esa vez no limitada a Alemania sino a todo el mundo capitalista que fue sacudido por el llamado *Gran Crack* norteamericano que se inició el último miércoles de octubre de 1929. De esa crisis iba a sacar Hitler ventajas políticas porque ella acabó sumándole el grueso de la pequeña burguesía alemana, principalmente de la capa baja pero también muchos miembros de la mediana y la alta, varios de los cuales pasaron a ser personajes importantes en la vida y en la historia del partido; pero también le sumó muchos obreros de los millones que quedaron desempleados.» (Pág. 301).

Gran acierto es concluir el ensayo con el Estado nazi, pues así como la Primera Guerra Mundial alumbró con la Revolución Rusa una nueva forma de vida en la Historia, también la Segunda Guerra Mundial dio inicio a la época en que Estados Unidos se constituyó en potencia hegemónica de Occidente, con toda su secuela de dominio económico y militar. La nueva era ha de tener un estudio aparte, y ojalá sea de la categoría de *El Estado: orígenes y desarrollo*, la obra de teoría política más importante de Juan Bosch.

Diómedes Núñez Polanco

El discreto encanto de unos recuerdos burgueses*

La primera entrega de los recuerdos de este *uomo universale* señaló tal vez una piedra miliar en la evolución del género memoriógrafo en nuestro país. Las fronteras entre literatura y realidad desaparecían en sus páginas, caleidoscópicas, errabundas, consteladas de aciertos lingüísticos e incitadoras siempre de la conformidad y la fruición de sus lectores. Pániker sabía el gran espectáculo literario ofrecido por sus textos y se recreaba, como los maestros en el arte de Cúchares, en la suerte, con despliegue fastuoso de lecturas heteróclitas, pero bien fagocitadas, con cambios de ritmo sorprendentes y continuos, con cadencias de prosa inusitadas y, en fin, con virtuosismo de mago de las letras, de las ciencias y de las artes.

Ello, naturalmente, implicaba lindar con no pocos abismos y despeñaderos, soslayados en aquella primera parte por la novedad de la presentación, e igualmente por el *streak tease* de un espíritu que, pese a su narcisismo y a la artificiosidad de su vehículo expresivo, descubría dolor y frustración en cantidad suficiente para mover no sólo la curiosidad del lector, sino también su interés y su solidaridad, pues la peripecia de Pániker era —es— la de todo un sector cualificado de su generación, la primera de la postguerra.

Sólo un genio literario a la manera de Proust o un alma roussoniana podía superar con éxito el reto que implicaría una segunda confesión personal, encabalgada sobre las lí-

* Pániker, S: Segunda Memoria. Barcelona, 1988, 412 pp.

neas de lo conocido ya por su atento lector. Y no ha sido así, claro. A pesar de los múltiples registros de la máquina estilística de este ingeniero-filósofo, de las muchas vibraciones de su sensibilidad tremante y de los numerosos trucos aprendidos en su larga travesía por todas las aguas de las letras, esta segunda derrota tiene un perfil menos airoso y atractivo que la singladura inicial. La repetición configura su contenido; el esoterismo de su lenguaje, el desconcierto, su resultado.

El bien colmado centenar de páginas con que se abre esta *Segunda Memoria* constituye ya una prueba para el lector, un tanto perdido si no cansado con el a la vez sincopado y detenido relato de las vicisitudes matrimoniales y extramatrimoniales del autor que no contento con tan meticulosa descripción volverá una y otra vez a la carga hasta convertir gran parte de su libro en una crónica sentimental de la familia Pániker... (no revelemos secreto tan limpiamente guardado) y de todas las *liaisons* entabladas con posterioridad por el autor con trepidante ritmo.

También, como en la primera parte de sus recuerdos, el autor se convierte en ésta en notario de la burguesía ilustrada catalana y, más concretamente, barcelonesa. Aunque sin intención alguna de imitar a Proust o a Mann, Pániker aspira a erigirse en fedatario de la dorada decadencia —moral y pecuniaria— de una gran parte de dicha clase, cuya capacidad de adaptación a la España democrática fue en casi todos los terrenos menor de lo que cabía presagiar de sus tímidos combates en pro de ella durante la larga etapa del franquismo. La pintura de Pániker resulta aquí muy vívida y colorista, pero también un poco cansina por reiterativo y endogámico de sus rasgos. Con todo, quien en el siglo XXI se sienta atraído por la España de los últimos decenios encontrará en la descripción de la Cataluña de la época debida a Pániker un retablo bien dibujado de sus modos y costumbres, con especial referencia a los literarios, y dentro de ellos, unas muy jugosas pinceladas acerca de los círculos editoriales, tan descuidados a la hora de enjuiciar y valorar el mundo del libro.

Pero si el futuro historiador o analista se encontrará hartamente recompensado, no sucederá lo mismo, por desgracia, con sus lectores de la hora presente que hallarán el cuadro muy limitado en humanidad y espacio. Cataluña, Barcelona, es algo más que la zona del Ensanche y de Pedralbes (¡Ay, angustias urbanísticas del autor, tan preocupado por su torre...!) Y, no obstante todas las volatinerías dialécticas de Pániker, su clase fue uno de los grandes pilares sobre los que se alzó el franquismo y en lo que se basó el desarrollo del único capitalismo español hasta entonces visto, salvaje por lo demás (epopeya de los inmigrantes andaluces, aragoneses, extremeños, murcianos).

Quizá la mala conciencia de sus miembros explique la obsesión viajera que arrebató a la mayor parte de ellos. El autor, capitalista arruinado, lírico y lúdico, realizó igualmente incontables viajes de trabajo y de placer por el ancho mundo: Norteamérica, el cono sur del Nuevo Continente, India —a la búsqueda de la identidad perdida— Inglaterra, Italia, Francia... Paisajes y figuras de dichas tierras hallan en él un observador extramadamente perspicaz, con elegías y endechas muy bien condimentadas y entreveradas, lo que hace desprender de ellas un tufillo en exceso literario, que no deja de poner en guardia al lector, si no acerca de su exactitud, sí de la autenticidad del talante con que Pániker se enfrenta con la humanidad doliente y gozosa.